

Astrolabio. Revista internacional de filosofía
Año 2010 Núm. 11. ISSN 1699-7549. pp. 519-529

Biopolítica y nihilismo. Las paradojas de la crítica moderna del sujeto ante los retos de la emancipación

César Arturo Velázquez Becerril¹

Recibido: 20-10-2010

Aceptado: 15-1-2011

Resumen: El objetivo del presente trabajo es contribuir en el debate actual sobre el cuestionamiento crítico de la subjetividad moderna, buscando someterlo a prueba desde los referentes ineludibles de la condición nihilista imperante y de las aportaciones de la biopolítica. En la primera parte se determina la crítica moderna del sujeto desde las transformaciones que genera la economía desorganizada; en la segunda parte se abordan algunas de las principales paradojas que genera la crisis del sujeto facturado desde el referente biopolítico; y, finalmente, en la tercera parte se consideran las posibilidades que la asunción de dichas paradojas generan para la activación de un desplazamiento de lateral de la subjetividad moderna a manera de mutación ontológica ante los desafíos actuales por renovar la emancipación.

Palabras clave: biopoder, condición nihilista, mutación ontológica, economía desorganizada, subjetividad.

Abstract: The objective of the present work is to contribute in the present debate on the critical questioning of the modern subjectivity, looking for to on approval put under it from referring the inescapable ones of the prevailing nihilist condition and the contributions of the biopolítica. In the first part the modern critic of the subject is determined from the transformations that the economy generates disorganized; in the second part some of the main paradoxes are approached that the crisis of the subject invoiced from the referring biopolítico generates; and, finally, in the third part the possibilities are considered that the assumption of paradoxical happiness they generate for the activation of a displacement of lateral of the modern subjectivity to way of ontological mutation before the present challenges to renew the emancipation.

Key words: biopower, nihilist condition, ontological mutation, economy disorganized, subjectivity.

La autonomía de sí mismo aparecerá en
ellos íntimamente unida a la *solicitud* por el
prójimo y a la *justicia* para cada hombre.

Paul Ricoeur, *Sí mismo como otro*

Ante la evidente crisis que sufre el paradigma político tradicional –en donde sus conceptos, métodos, teorías y referentes se ven seriamente cuestionados–,

¹ Profesor investigador del Área de Polemología y Hermenéutica del Departamento de Política y Cultura de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Unidad Xochimilco, México. Correo electrónico: cavelaz@correo.xoc.uam.mx.

puesto a prueba por pensadores radicales como La Boétie, Stirner, Nietzsche y otros muchos, el referente biopolítico pretende contribuir a la renovación del campo desgastado y espinoso de la teoría política moderna. El desmontaje se produce como efecto de la deconstrucción crítica de la modernidad exigua y reacción ante la imposición de una forma de conocer ensimismada como racionalidad cientificista dominante, poniendo a prueba el proyecto emancipador ilustrado y al «sujeto autónomo» que buscaba darle sustento. Lo que pretendemos realizar en la siguiente participación son algunas reflexiones enmarcadas en el debate contemporáneo sobre el cuestionamiento crítico de la subjetividad moderna, situándolas en la «condición nihilista» imperante –que se constituye en nuestro ineludible referente de meditación y acicate– y las contribuciones desde el campo de una «política para la vida», que problematiza directamente desde el *sinsentido* de la trivialización de lo humano y la promoción de una «tanatopolítica» preponderante ante amenazas latentes como el terrorismo y las pandemias. Como todo pensamiento serio que se sabe inacabado y a debatir constantemente, las siguientes reflexiones asumen plenamente su carácter provisional y abierto a continuaciones por otros medios.

LA CRÍTICA MODERNA DEL SUJETO Y LA ECONOMÍA DESORGANIZADA

Desde finales del siglo pasado Lash y Urry (1998) –con la intención de caracterizar lo que denominan «capitalismo posorganizado»– establecen tres momentos históricos fundamentales en el desarrollo del capitalismo moderno: (a) el período del «capitalismo liberal» en el siglo XIX, en donde el funcionamiento del capital fungía a nivel local en forma de algunas pocas superposiciones; (b) el periodo del «capitalismo organizado» en el siglo XX, donde el movimiento del capital se extiende a nivel nacional, su organización burocrática se establece vertical (luego también horizontalmente) y se desarrollan los sindicatos industriales... y (c) el «capitalismo de la desorganización» de finales del siglo XX, en donde la producción se vuelve más flexible y fragmentaria ante la circulación internacional del capital. El comercio y las prácticas financieras globales se establecen en un ambiente «posfordista», en el sentido de que desplazan la producción y el consumo de masas ante la revolución tecnológica de las comunicaciones y el transporte que transforman la nueva economía política que circula de forma más vertiginosa y acelerada.

El nuevo capitalismo consumista en la época de la desorganización genera una cantidad descomunal de signos culturales que resultan inasimilables para las personas, formando un proceso de indistinción entre objetos y sujetos por lo acelerado de los intercambios en múltiples niveles. Si bien el modernismo socava los cimientos de la cultura occidental con el emblemático signo de la «muerte de Dios», la posmodernidad liquida los últimos resabios de la tradición con los embates de la divisa apocalíptica del «fin del hombre». La

nueva sociedad de la información posibilita la emisión de múltiples representaciones simbólicas, tanto cognoscitivos como informacionales a manera de flujos en una economía desordenada de signos en espacios diversos. Pero uno de los efectos esenciales de la aceleración de los flujos de capital y del «hiperconsumo individualizado» (cf. G. Lipovetsky, 2007), es la *pérdida del sentido* que relacionaba objetos y sujetos ante la vinculación espacio-temporal de operación. En breve, esta nueva «economía de signos y espacios» generada en el periodo de desorganización establece procesos de homogenización, escamoteo de sentidos y anulación del sujeto. Pero ante el diagnóstico desalentador que ciertos pensadores vienen realizando desde diferentes latitudes, Lash y Urry observan una vía de *renovación reflexiva* que permite superar los componentes de simplificación y vaciamiento de los sujetos: «La modernización y posmodernización de las economías políticas contemporáneas hacen superficiales a las personas pero también las profundiza. Esta nueva reflexividad de los sujetos, que acompaña el final del capitalismo organizado, abre muchas posibilidades positivas para las realizaciones sociales: el trato íntimo, la amistad, las relaciones en el trabajo; el ocio y el consumo» (Lash y Urry, 1998: 53-54).

Según Alain Touraine las sociedades contemporáneas se debaten entre dos grandes peligros: por un lado, la omnipotencia de los mercados económicos que termina «mercantilizando» la vida social e individual y reduciendo la política a un ejercicio pragmático de interés inmediato; por otro lado, la extensión de políticas comunitarias –luego autoritarias y radicales– que también terminan reduciendo la libertad individual y la política a una práctica intolerante. Para Touraine esta «*desmodernización*», tal como llama a esta crisis sustancial de la modernidad, se produce por el hecho de la bifurcación de la «intervención técnica sobre el mundo» y de la «conciencia humana sobre sí», que la modernidad tradicional buscaba mantener unidas por la idea y la acción de la *racionalidad*. A partir de los detenidos análisis que realiza de este complejo proceso de escisión y de algunas de sus principales consecuencias, propone como vía de «restauración» y «solución», como *agentes* que consigan transitar entre ambos procesos de reacción inconciliable, el rescate, la comprensión y maduración del «sujeto personal» y del ejercicio de su libertad.

Es decir, de lo que se trata es de trascender estas dos opciones reduccionistas y oponer a cualquier «lógica de los sistemas» al sujeto como actor de su propia vida y en defensa del ejercicio de su legítima libertad. Si bien las sociedades actuales están siendo reguladas por el mercado y las redes de comunicación tecnificadas, se requiere de mecanismos que logren restablecer el poder político, en tanto ámbito necesario para la confrontación y como mecanismo factible para la resolución de conflictos sociales y órgano conciliador entre las *igualdades* (jurídicas y políticas) y las *diferencias* (personales y culturales). Sin duda el diagnóstico que realiza Touraine resulta del todo convincente, pero lo que nos interesa recuperar aquí es la argumentación de fondo que lo lleva a proponer al *sujeto persona autónomo* como elemento

fundamental para «reunificar el campo fragmentado de la modernidad» (cf. A. Touraine, 1995: 217). Nos parece que tiene que ver con la necesidad de «recuperar» la unidad fundamental donde pueda captarse la acción social renovada. Es decir, el elemento prístino desde donde se están tejiendo las complejas sociedades contemporáneas y como perspectiva que puede articular respuestas políticas renovadas tanto a la globalización como a los fundamentos unificantes, se encuentra en la *reflexividad individual personal*:

«... hoy en día el renacimiento de la acción social se produce desde abajo, de donde provienen las iniciativas creadoras y liberadoras, lo que no significa, desde luego, que todo lo que viene de abajo sea liberador, sino que el espíritu de liberación consiste en defender y fortalecer la libertad y la dignidad de cada individuo» (A. Touraine, 1998: 310).

Lo que propone el pensador francés es realizar un análisis más fino, que intente comprender el constitutivo de las fibras que articulan y organizan la acción social. En estos tiempos en que el progreso y la revolución han mostrado su ineficacia, donde experimentamos una creciente fragmentación de lo social, la defensa sincera del *sujeto libre* permite articular con mayor realismo la defensa de los derechos sociales y culturales, de la autonomía y la responsabilidad, en fin, lograr dotar de *sentido* a un proyecto democrático cada vez más vacío de contenido. Para esta reconstrucción sustancial, recuperadora de la *reflexión* sobre las finalidades del ejercicio de la política y de la acción social, Touraine propone la renovación de tres temas insoslayables: el *sujeto*, la *comunicación* y la *solidaridad*. Sin duda el reto actual de las ciencias sociales y humanidades transita por fuerza entre estas coordenadas precipitadas en la época del nihilismo posmodernista que padecemos.

EL REFERENTE BIOPOLÍTICO ANTE LAS PARADOJAS DEL SUJETO FRACTURADO

En particular consideramos el problema complejo del *sujeto moderno* como el principal asunto a tratar, ya que la cuestión de la «subjetividad transfigurada» afecta directamente cualquier forma de actividad en el contexto insoslayable de las «sociedades de la comunicación» (cf. M. Castells, 2000 y S. Lash, 2005). Puesto que la modernidad ontológica se caracteriza por un agudo contraste entre procesos continuos de exaltación teórica de un sujeto cognoscente como fundamento sustancial pretencioso de todo lo existente y de su anulación real en forma de fragmentación, disolución o franco vaciamiento al condicionar su efectividad activa a mecanismos diversos que se le sobreponen. Ahora bien, según la recuperación de un debate que impuso su huella durante las últimas décadas del siglo XX, el problema no se reduce a la *insuficiencia* por imponer la categoría de *persona* en todo el campo de nuestras actividades (desde el político-jurídico hasta el estético y afectivo), sino precisamente por su imposición de facto dentro de su «régimen de sentido» (véase R. Esposito,

2009). Es decir, el *agente personal* requiere de un ejercicio de *hermenéutica crítica* que muestre insuficiencias y problemas de la forma de sustancia única y absoluta –como sostén de todo el aparato cognitivo explicativo y ordenador de la realidad: desde los postulados metafísicos cartesianos a inicios de la modernidad y renovada en la Segunda Guerra Mundial como categoría que pretende dar soporte al discurso de los derechos humanos–, pero cuyo momento determinante se produce en el siglo XIX que posibilita de manera evidente el connubio entre saber biológico y poder político. Y es precisamente el carácter vacío, fragmentario e insuficiente de la categoría subjetiva de la persona la que resulta del todo funcional a una extensión brutal del poder ejercida sobre los cuerpos individuales y de la población, pero que también abre las posibilidades para transitar a otra comprensión hacia lo que podríamos denominar desde una perspectiva reflexiva como «individualismo impersonal» o «tercera persona».²

El paradigma biopolítico está definiendo en buena medida nuestra comprensión actual de la relación compleja entre las formas de ejercer el poder en relación estrecha con el *cuerpo vivo*. Los seres humanos, entendidos como individualidades encarnadas, padecen el ejercicio brutal de un poder que busca reducirlos a simples *entidades biológicas*, capaces de manipular, dominar e incluso anular.³ En efecto, las transmutaciones perversas que sufre hoy la fría maquinaria del poder termina desdibujando un humanismo demasiado simplista y alejado de los requerimientos de la actualidad, de tal forma que acaba reduciendo al ser humano a una masa informe de entrañas y humores que somete, ante las pretensiones de protegerlo y brindarle salud plena, al cadalso de la administración y regulación minuciosa de la vida misma. Se trata de lo que M. Foucault (2000) denominaba como técnicas de «biocontrol», que según su comprensión genealógica las dos principales que se vienen impulsando desde el siglo XVII son la disciplina y el biopoder. Las sociedades de control gestionan tanto el cuerpo físico de los individuos como el cuerpo social de la población.

² «La única que tiene un plural –incluso cuando es singular, o justamente en cuanto tal– es la tercera persona, pero precisamente porque, en sentido estricto, es no–persona. Su particularidad, para ser más exactos, reside en no ser de manera cabal singular ni plural. O ser ambos, singular–plural, al derribar la oposición tradicional...» (cf. R. Esposito, 2009: 151 y ss.).

³ Desde mediados de los años setenta del siglo XX se viene dando un sorprendente desarrollo de las ciencias de lo viviente o «paradigma biólogo» que influye diversos campos como la psicología, la medicina, la ecología, la filosofía y las ciencias sociales en general. Sin duda se trata del impulso de un nuevo materialismo o renovación del enfoque científico que retoma el proyecto de la termodinámica, la teoría general de los sistemas, la tecnología genética, los avances en inteligencia artificial... Resulta un nuevo instrumental –si se consiguen sortear los peligros de la «reducción del biologismo»– que permita el abordaje más creativo de problemáticas generadas, por ejemplo, desde la institución medicinal (gestión de los cuerpos) o la llamada planificación tecnocrática de la vida (nacimiento, salud, sexualidad, vejez, defunción) (véase P. Achard, A. Chauvenet y otros, 1980; L. Ferry y J–D. Vincent, 2001).

M. Lazzarato (2006) continúa las reflexiones sobre las «sociedades de control» en las sociedades económicas globales y de la información actuales, en donde la fábrica de producción se transmuta en empresas de productos que establecen el predominio de las diversas tecnologías de la dominación.⁴ Para Lazzarato este predominio marca la transformación de la biopolítica hacia lo que denomina «noopolítica»,⁵ posibilitada por la nueva economía y por las tecnologías de la información. El cambio de las sociedades disciplinarias en donde predomina el poder del Estado se ejerce sobre la población en forma de biopoder, hacia la sociedad de control en donde el poder es ejercido básicamente por «régimenes empresariales» internacionales.⁶ Ya no se trata del consumidor-masa del capitalismo organizado, sino de la utilización de tecnologías de *marketing* y publicidad para interceptar la «efectuación de mundos posibles»; se dirige a la parte reticular y nuclear del consumidor individual al establecer formas de vida que mueven afectos, deseos, creencias por medio de la «seducción molecular» a partir de imágenes concatenadas. Esta gestión noopolítica de la vida establece una nueva relación de poder sobre los individuos que, ejercida tanto en los cuerpos físicos como en las «memorias espirituales», al establecer una nueva articulación complejizan la maquinaria de control:

«Sociológicamente tendremos que esta secuencia: la clase obrera (como una de las modalidades del encierro), la población, los públicos. El *conjunto* de estos dispositivos, y no sólo el último constituye la sociedad de control. Estos tres dispositivos diferentes de poder, nacidos en épocas diferentes y con finalidades heterogéneas, no se sustituyen entre sí, sino que se agencian unos con otros» (cf. M. Lazzarato, 2006: 100–101).

⁴ Para precisar el concepto de sociedad de control, véase «Control y devenir» (entrevista con Toni Negri) y «Post-scriptum sobre las sociedades de control», ambos textos fundamentales en G. Deleuze (1996: 256–286).

⁵ Lazzarato sostiene que se trata de un impulso de transformación que se viene dando desde los años setentas del siglo XX, generándose un «nuevo modo de subjetivación» al constituirse la «memoria», como característica esencial de la vida, en *lo* que el capitalismo contemporáneo captura. El neologismo es acuñado por él en referencia al *nous* aristotélico (al hacer referencia no sólo a la vida intelectual, sino que también lo afectivo y volitivo en el ser humano); pero también se deriva de un proveedor de internet que lo utiliza como nombre. Es decir, las sociedades de control buscan la modulación de los afectos, pasiones y carácter de un público creado; pero a la vez, haciendo referencia a la administración de la vida por medio de la articulación de la memoria en las sociedades de la información (cf. Ignacio Mendiola Gonzalo [ed.], 2009: 76–86).

⁶ Las características fundamentales de las sociedades de control son: 1) se fundamenta a partir de redes, flujos *network* y *patchwork*; 2) la acción a distancia por medio de dispositivos tecnológicos que permiten lo virtual y 3) la implementación de procesos de subjetivación y sometimiento por medio de la producción de un público hiperconsumista sin lugar y tiempo (véase M. Lazzarato, 2006: 92).

Como podemos apreciar el tema resulta plenamente relevante, en tanto que sólo realizando un desmontaje comprensivo desde una perspectiva hermenéutica del individualismo impersonal o radical en un ámbito de nihilismo posmoderno de las sociedades de la comunicación e información – considerando también los impulsos determinantes de las tecnociencias en la economía de la desorganización imperante –, podrá realmente accederse a un punto reflexivo que permita superar con creatividad la crisis de la subjetividad que impregna las capas sociales de nuestro hacer y comprender. Habrá que referirnos a este intenso debate, transitando desde la biopolítica hasta la noopolítica, para conseguir movernos desde una tanatopolítica impulsada por el «paradigma inmunológico» hacia una auténtica *política para la vida* (cf. R. Esposito, 2006).

POR UN DESPLAZAMIENTO LATERAL DE LA SUBJETIVIDAD MODERNA

Ahora que al parecer el sentido del mundo se ha disgregado y vuelto *evento dentro del mundo*, nos parece que la existencia del propio existente se constituye en el *auténtico sentido del sentido*, que no guarda otro sentido que la *experiencia del propio vivir*; se expresa en forma de percusión de cualquier fuente de sentido que esté más allá de toda experiencia vivida por los seres humanos «encarnados». Se abre una nueva perspectiva que establece un distinto arsenal de posibilidades que nos coloca en la vía del reencuentro con una «ipseidad intersubjetiva» tras los jirones dejados por el choque entre la aceptación y el rechazo de un *sí mismo autónomo*.⁷ Es aquí donde nos parece pertinente iniciar la actual discusión sobre la interpretación que el ser humano hace de *sí mismo*, pero tomándolo como fundamento de un proceso de construcción de la subjetividad adecuada para la confrontación política multidimensional y lucha microsocia como acciones emancipadoras. Consideramos que para abordar esta discusión de manera más rica y creativa tenemos que descender un escalón abajo por la vía de una aproximación a la «ontología política de la modernidad», desde los referentes necesarios de la biopolítica y del nihilismo.

De manera alguna es posible evadir las paradojas que la crítica moderna del sujeto está abriendo, pues al confrontar los efectos de la «subjetividad quebrada» que la posmodernidad puso en evidencia –cuyos alcances afectan no sólo la «ficción de la identidad» irrestricta, sino el agente que sirve de «sustento absoluto» de la construcción del conocimiento–, tendremos que transmutar la visión clásica de la autonomía, la libertad y de los procesos vivos de

⁷ Al respecto resulta útil el instrumental hermenéutico propuesto por P. Ricoeur (1996: XI–XIV) para abordar la problemática de la *ipseidad*, entendida como el proceso de reconocimiento de sí mismo en la experiencia desde los referentes constitutivos de la mismidad y la alteridad: (a) ante la posición inmediata del sujeto es mejor el rodeo de la *mediación reflexiva*; (b) la determinación del sí mismo (*ipse*) mediante el contraste de su mismidad (*ídem*); y (c) pero también la *ipseidad* se especifica por medio de la dialéctica con la *alteridad*.

emancipación.⁸ Ante tales influjos es necesario aceptar, pero de manera alguna significa la renuncia a estos principios esenciales, que el *sujeto* ante su caracterización descentrada y reflexiva no puede ser por completo transparente y dueño absoluto de sí mismo. La confrontación constante consigo mismo, con ese *otro* extraño que sin embargo es *sí mismo*, la autonomía individual de una subjetividad que constantemente está rehaciéndose, cuya realización es siempre parcial y fragmentaria, que se restituye a cada momento en múltiples formas de identificación, transita entre los peligros de la elaboración concentrada de la substancia única de la modernidad y la fragmentación atomizada de la egolatría de la posmodernidad. Quizá la vía creativa para sortear estos latentes peligros sea mediante el referente fundamental del *otro* y de la *vida* del mundo como anclaje contextual de socialización.

La producción de una subjetividad que sirva de garante para la realización ética, como actor político cosmopolita y elaborador de conocimiento, que se sabe reflexiva y asume plenamente su carácter descentrado, se establece de manera *intersubjetiva*. Ya sea desde el enfoque de la «Hermenéutica del sí mismo» (P. Ricoeur), por una perspectiva «ontológica posmetafísica» (G. Marramao), a partir del reconocimiento del «dar cuenta de sí mismo» (J. Butler), de las implicaciones éticas del «cuidado de sí» (M. Foucault), desde el camino de la «Teoría crítica del reconocimiento» (A. Honneth) o mediante la «producción maquínica de la subjetividad» (F. Guattari), la referencia complementaria de la intersubjetividad resulta fundamental para el desarrollo de una subjetividad reflexiva y residual mucho más sana y plena. El sostenimiento reflexivo de una «subjetividad neomaterialista» desplazada desde los referentes biológicos del cuerpo encarnado como política de realización vital (quizá representado por la figura emblemática del «hedonista consciente»), que ante la protección de la autonomía individual radicalizada logra esquivar los reduccionismos extremos de la completa unidad y transparencia cognoscitiva de la «representación sujetocéntrica» o del equívoco insostenible de una prevalencia de lo insustancial por resabios inconscientes o formas discursivas que se imponen ante la «debilidad del sujeto quebrado». Para conseguir realmente umbrales realizadores de emancipación para estos inicios del siglo XXI se requiere romper con la oscilación desgastante entre exaltación o degradación absolutas del *sub-jectum*, para acceder a un nivel más concreto que sin temer la defensa irrestricta de la autonomía individual radical –aprovechando las condiciones únicas y privilegiadas de la reflexividad, procesos múltiples de descentramiento y juego heterogéneo de identificaciones mudables como «arte de la máscara sin referido»–, siempre mantenida por el anclaje contextual de la intersubjetividad socializante dado por el lenguaje

⁸ Según A. Honneth (2009: 286–291) tiene que impulsarse este cambio principalmente en tres ámbitos: «... la meta clásica de la transparencia de necesidades tendrá que remplazarse por la idea de capacidad de articulación lingüística; la idea de consideración biográfica debería sustituirse por la de una coherencia narrativa de la vida, y finalmente, la idea de orientación por principios se complementará con el criterio de sensibilidad moral contextual».

comunicativo, la construcción de valores compartidos y una política de vida que permita la realización única, pero siempre en la compañía adyacente de los otros. Insistamos en dos cuestiones fundamentales:

1. Habrá que superar el concepto abstracto de «sujeto» –auspiciado por la visión ontológica prevaleciente del ser e impulsada por la *massmediatización* de la vida– mediante la producción material de «subjetividades plurales y creativas»,⁹ permitiendo desplazar de forma transversal el binomio individualidad y sociedad hacia una integración que es a la vez colectiva e individual, según corresponda al contexto de existencia y los procesos conflictivos de *autopoiesis* (*autoproducción*). Podemos entender la subjetividad como el «conjunto de condiciones por las que instancias individuales y/o colectivas son capaces de emerger como Territorio existencial sui–referencial, en adyacencia o en relación de delimitación con una alteridad a su vez subjetiva» (cf. F. Guattari, 1996: 20 y ss.). De esta manera se conseguiría integrar en una categoría más completa los procesos heterogéneos que toman modalidades diferenciadas, dejando entrever las mutaciones micropolíticas que luego lo colectivo pretende eliminar con violencia. Si resulta que al *sujeto* le corresponde el valor de la autonomía (*supraindividual*) y al *individuo* el de independencia (*infraindividual*), al mecanismo integrador de la *producción subjetiva* correspondería la idea de emancipación (*transindividual*).

2. También habrá que modificar nuestra idea de emancipación, en tanto que la subjetividad se produce de manera transversal para romper con los falsos binomios excluyentes (alma–cuerpo, objeto–sujeto, individuo–sociedad), dado que tendrá que buscarse generarla desde las *acciones* subjetivas en los «territorios existenciales». Si concebimos la emancipación [*emanə ipaθ jon*] como la liberación de algún poder de dependencia, que al someter a principios generales termina ejerciendo violencia sobre las singularidades que pretenden distanciarse, también habría que agregarle caracteres multidimensionales, vivenciales y participativos. Es decir, la «acción emancipadora» se produce desde cada proceso de «subjetivación creativo» en contextos específicos de existencia, como apertura de espacios diversos de liberación frente a los «microfascismos» (G. Deleuze), comunidades nómadas de redes de realización y microresistencias que promueve lo *diferente* en forma de múltiples estilos de vida. Sin duda se trata de una propuesta modesta de «sedición ético–estética» que promueve una «política rebelde» desde la transformación de sí mismo como proyecto continuo de realización estética (Z. Bauman, 2009), con la capacidad vital de reinventarse contantemente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

⁹ Las dos principales características, que aquí seguimos como referentes fundamentales, con que describe la «subjetividad parcial y creativa» Félix Guattari (1996: 11–46): 1) como entidad producida por instancias particulares y sociales y 2) su carácter «plural y polifónico».

- Achard, Pierre, Chauvenet, Antoinette y otros (1980), *Discurso biológico y orden social*, México, Nueva Imagen (Serie Salud e Ideología).
- Bauman, Zigmunt (2009), *El arte de la vida. De la vida como obra de arte* (trad. de Dolores Udina), Bs. As., Paidós (Col. Paidós Contexto, núm. 144).
- Butler, Judith (2009), *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad* (trad. de Horacio Pons), Bs. As., Amorrortu (Col. Mutaciones).
- Castells, Manuel (2001), *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. II: El poder de la identidad*, México, Siglo XXI Editores.
- Deleuze, Guilles (2001), *Conversaciones* (trad. de José Luis Prado Torío), Valencia, Pre-Textos.
- Esposito, Roberto (2009), *Tercera persona. Política de la vida y filosofía de lo impersonal* (trad. de Carlos R. Molinari Marotto), Bs. As., Amorrortu (Col. Mutaciones).
- Esposito, Roberto (2006), *Bíos. Biopolítica y filosofía* (trad. de Carlos R. Molinari Marotto), Bs. As., Amorrortu (Col. Mutaciones).
- Ferry, Luc y Vincent, Jean-Didier (2001), *¿Qué es el hombre? Sobre los fundamentos de la biología y la filosofía*, Madrid, Taurus (Col. Pensamiento).
- Foucault, Michel (2008), *La hermenéutica del sujeto* (trad. de Horacio Pons), México, FCE.
- Foucault, Michel (2000), *Genealogía del racismo* (trad. de Alfredo Tzveibel), Argentina, Editorial Altamira.
- Guattari, Félix (1996), *Caosmosis* (trad. de Irene Agoff), Bs. As., Manantial.
- Honneth, Axel (2009), *Crítica del agravio moral. Patología de la sociedad contemporánea* (trad. de Peter Storandt Diller), Bs. As., FCE / UAM.
- Lash, Scott (2005), *Crítica a la información* (trad. de Horacio Pons), Bs. As., Amorrortu Editores.
- Lash, Scott y Urry, John (1998), *Economía de signos y espacio. Sobre el capitalismo de la posorganización* (trad. de José Luis Etcheverry), Bs. As., Amorrortu Editores (Biblioteca de Sociología).
- Lazzarato, Maurizio (2006), *Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades del consumo*, Madrid, Traficantes de Sentido.
- Lipovetsky, Guilles (2007), *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad del hiperconsumo*, Barcelona, Anagrama.
- Marramao, Giacomo (2008), *Minima tempoalia. Tiempo, espacio, experiencia* (trad. de Helena Aguilà), Barcelona, Gedisa Editorial.
- Mendiola Gonzalo, Ignacio (edit.) (2009), *Rastros y rostros de la biopolítica*, Barcelona, Anthropos.
- Onfray, Michel (2009a), *La fuerza de existir. Manifiesto hedonista* (trad. de Luz Freire), Barcelona, Anagrama.
- Onfray, Michel (2009b), *Politique du rebelle. Traité de résistance et d'insoumission*, France, Éditions Grasset & Fasquelle.
- Ricoeur, Paul (1996), *Sí mismo como otro* (trad. Agustín Neira Calvo), México, Siglo XXI.

Stirner, Max (2007), *El único y su propiedad* (trad. de Pedro González Blanco), Bs. As., Reconstruir (Col. Utopía Libertaria).